

Leer a Cervantes en tierra de Camões. *Os Lusíadas* y *El Persiles*: la Literatura Comparada y la lectura literaria

MARIA FERNANDA DE ABREU

Universidade Nova de Lisboa

Every act of the reception of significant form, in language, in art, in music, is comparative. Cognition is re-cognition, either in the high Platonic sense, of a remembrance of prior truths, or in that of psychology.

GEORGE STEINER (1995)¹

Cuando, hace casi diez años, me sorprendí leyendo *El Persiles* y escuchando en él los gratísimos ecos de *Os Lusíadas*, el poema de mi infancia, de mi adolescencia, de los más gratos ritmos para mi sensibilidad poética, estaba lejos de pensar que a partir de entonces el goce y el análisis de esa similitud me llevaría no sólo por los caminos de la Literatura Comparada sino también por los del ejercicio de cierta pedagogía de la lectura literaria.²

Y no pensaba tampoco, lo confieso, en el ensayo que Claudio Guillén había integrado en su *Literature as System* (1971), «A Note on Influences and Conventions»,

¹ George Steiner, *What is Comparative Literature?*, Oxford, Clarendon Press, 1995.

² Presenté la primera versión de este ensayo en el «Congreso Internacional sobre la Lengua y la Literatura Hispánicas entre el siglo xv y el xvii (con especial atención a los descubrimientos hispano-portugueses)», organizado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid-Pastrana, 1988.

del que, años después, publicaría una versión castellana, y que habría de servirme como un imprescindible marco de reflexión teórica.³

Finalmente, sólo más tarde habría yo de fijarme en esa idea fundamental que nos enseña en su *Entre lo uno y lo diverso* (1985), cuando al intentar poner de relieve las ventajas que el concepto de «intertexto» puede aportar a la tarea del comparatista, escribe: «El concepto de influencia tendía a individualizar la obra literaria, pero sin eficacia alguna. La idea de intertexto rinde homenaje a la sociabilidad de la escritura literaria, cuya individualidad se cifra hasta cierto punto en el cruce particular de escrituras previas.»

Quiero, por ello, recordando aquellos primeros acercamientos míos al *Per-siles*, empezar agradeciendo a profesores que mucho respeto y que tuvieron la delicadeza de escuchar los primeros pasos de aquella lectura, dándome sugerencias preciosas, alentándome cada uno a su manera, callando generosamente mis ingenuidades: Antonio García Berrio, Ciriaco Morón-Arroyo y Carlos Romero.

Retomo ahora las cuestiones que, entonces, me había planteado, después de más de una década impartiendo un seminario sobre Cervantes en mi Universidad, y otro, más reciente de Literatura Comparada Portuguesa y Española junto a estudiantes interesados y aplicados, que han realizado sus estudios secundarios en Portugal o en Francia.

El desconocimiento casi absoluto de la Literatura Española –y también de la Cultura e Historia con las cuales aquella se interrelaciona– por parte de esos estudiantes, en particular de los educados en Portugal, plantea problemas que una metodología comparatista puede ayudar a resolver.⁴ Así, el acercamiento de Cervantes a Camões, que el biografismo más impresionista siempre ha practicado, por lo menos en el área de lengua portuguesa (Brasil y Portugal), puede resultar particularmente eficaz si se hace en el campo estético, con particular atención a cuestiones periodológicas y genéricas.

Las reflexiones que a continuación desarrollo se basan, pues, en una experiencia personal –a la vez pedagógica y ensayística– donde me cabe asumir alternadamente los papeles del lector-estudiante y del lector-docente.

1. De Cervantes a Camões

En esto, yendo navegando, con el espacio que podían prometer dos remos, que no llevaba más cada barca, oyeran que de la una de las otras dos salía una voz blanda, suave, de manera que les hizo estar atentos a escuchalla. Notaron, especialmen-

³ «De influencias y convenciones», 1616, II, 1979. Recuperado en Claudio Guillén, *Teorías de la Historia Literaria*, Madrid, Espasa Calpe, 1989.

⁴ Asimismo, los que se educan en Francia tienen, en general, un conocimiento deficiente o incluso nulo de *Os Lusíadas*.

te el bárbaro Antonio, el padre, que notó que lo que se cantaba era en lengua portuguesa, que él sabía muy bien. (*Persiles*, Libro I, 9)⁵

Para un lector portugués quizá sea este el primer momento de particular complicidad con el texto de *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda*. Complicidad que se acentúa inmediatamente después, al oír un soneto el ritmo de cuyo primer verso—al igual que el desarrollo de una metáfora marítima para hablar del amor—le traerá a la memoria inevitables ecos de la lírica de Camões. Ecos que, sin duda, se refuerzan en la página siguiente, al escuchar las razones que entre sí traban Auristela, Periandro y el enamorado portugués acerca de la esperanza, la desesperanza y las «esperiencias que en el discurso de mi vida en mis muchos males tengo hechas».

Ya sé que a un español le sonarán ecos de la lírica española contemporánea de Camões o a un italiano ecos todavía más claros. Pero de eso mismo quiero tratar aquí: de las voces intertextuales que cada lector puede aportar a otra literatura, en razón de una «competencia» adquirida a través del conocimiento de la suya.

De hecho, tomo como paradigma de «sujeto lector» a ese lector portugués no erudito, que poco o nada sabe de Petrarca ni del soneto renacentista italiano o español, ni de Aristóteles, Horacio o Virgilio.

A quien ahora me lee —éste sí, lector erudito y ciertamente más desconfiado, pensando quizás en este momento que estoy imaginando una situación virtual con vistas a la ilustración de una teoría— le diré que esto es lo que les ocurre a no pocos estudiantes universitarios (en estudios de posgrado, incluso) que, de pronto, son puestos en situación de lectura del texto cervantino.

Vuelvo, pues, a aquel lector portugués, ignorante o deficiente de teorías y de historias literarias que, en contrapartida, sí retuvo, desde muy pequeño, ese ritmo triádico de «Erros meus, má fortuna, amor ardente» («Mar sesgo, viento largo, estrella clara») o aquel primer terceto del mismo soneto: «Errei todo o discurso de meus anos;/ dei causa (a) que a Fortuna castigasse / as minhas mal fundadas esperanças».

Y, en cuanto a la metáfora marítima desarrollada en el soneto del enamorado portugués del *Persiles*, el mismo lector quizá recuerde, de otro soneto de Camões, su segunda estrofa que dice:

Olhai de que esperanças me mantenho!
Vede que perigosas seguranças!
Que não temo contrastes nem mudanças,
andando em bravo mar, perdido o lenho

Si, de hecho, como parece ser y en texto aun reciente el mismo George Steiner reconoce, *to read is to compare*: ¿con qué texto, con qué autor, de qué modo puede el

⁵ Cito de la edición de Juan Bautista Avalle-Arce: Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, Madrid, Clásicos Castalia, 1970.

lector portugués de nuestros días –un lector no erudito ni conocedor de la literatura clásica– comparar *El Persiles*, de Miguel de Cervantes? De ese lector quisiera, en esta situación, representar el papel, reproduciendo algunos gestos suyos y una cierta forma de caminar por el texto.

Aquellas primeras complicidades, provocadas por la presencia del enamorado portugués y de su canto, complicidades que ocurren en el nivel explícito del texto, despiertan al lector para otras voces u otros modos de cantar –y de contar–. Así, en una relectura dirigida a la captación de relaciones intertextuales del *Persiles* de Cervantes con la obra de Camões, la presencia del poeta portugués, que había surgido por vía de la lírica, se verá ahora desplazada no a otra voz sino a otro canto, ese que ocupa un lugar primordial en la memoria literaria de un portugués. Literaria y, digámoslo ya, cultural, «lato sensu», e histórica, propiamente dicha. Una memoria cuyo texto fundamental y matriz está en *Os Lusíadas*.

Surge, entonces, la primera perplejidad: la posibilidad de comparar dos obras que, repetidamente, se ven catalogadas la una como el poema heroico de los portugueses y la otra como la novela bizantina de los españoles.

2. Del *Persiles* a *Os Lusíadas*: de tormentas y otros trabajos

Quiero, por ello, precisar el momento en el que, avanzando en la lectura de *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda*, una presencia cada vez más fuerte se iba interponiendo en mi relación con el texto que leía: la presencia de *Os Lusíadas*, traídos por una memoria lectora en forma de ritmos, palabras, imágenes, situaciones, personas. Ese momento en que, no en el plano de la producción sino en el de su recepción, acontecían indelebles relaciones intertextuales. Relaciones que, diré yo ahora, usando ideas y palabras de Claudio Guillén, «rinden homenaje a la sociabilidad de la escritura literaria»: en este caso, en el plano de la recepción.

Se trata del principio del libro segundo, «Donde se cuenta cómo el navío se volcó, con todos los que dentro dél iban», según informa la epígrafe. El narrador, diciendo que resume en su «traducción» la «historia» de otro autor, escribe:

y se viene a la verdad del caso, que fue cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos, dando por mensajeros a los relámpagos, tras quien se siguen, comenzaron a turbar los marineros y a deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comenzó la borrasca con tanta furia que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, y así, a un mismo tiempo les cogió la turbación y la tormenta. (Libro II, cap. I)

Este «cambio de viento» se articula en el plano de la acción con la parte final del libro anterior en la que «Amans [ado] en tanto el viento, sin haber dado lugar a que los marineros temiesen, ni los pasajeros se alborotasen», los personajes «prosiguen sus historias» y vuelven a las pláticas pasadas.

La lectura de la narración de la tormenta provoca automáticamente en el lector camoneano una relación intertextual con *Os Lusíadas*. Y, por cierto, no sólo con *Os Lusíadas* sino, además, con toda la abundante y riquísima literatura portuguesa de los descubrimientos, los relatos de viajes y de naufragios, en particular.⁶

Reconstruyendo la sintaxis narrativa en que se articula la acción del final del libro primero con el principio del libro segundo, tenemos la secuencia siguiente: «Amansó el viento – los personajes cuentan historias o conversan – cambia el viento – se produce la tormenta.»

Para el lector portugués, el intertexto ineludible es la célebre tormenta de *Os Lusíadas* (canto VI) que se construye con invención, lenguaje y disposición similares:

[...] No fundo aquoso, a leda, lassa frota
Com vento sossegado prosseguia,
Pelo tranquilo mar, a longa rota (VI, 38)⁷
y los marineros:
Remédios contra o sonho buscar querem,
Histórias contam, casos mil referem (VI, 39)⁸

Después de discutir si lo mejor en esta situación es contar «cuentos de amores» o de «áspera guerra», uno de ellos se pone a contar el famoso episodio de los Doce de Inglaterra hasta que... «ansí promptos estando», el maestro, «que el cielo mirando anda», les alerta:

Alerta (disse) estai, que o vento crece
Daquela nuvem negra que aparece! (VI, 70)

Não eram os traquetes bem tomados
Quando dá a grande e súbita porcela. (VI, 71)⁹

Se me dirá que nada de esto es pertinente, que la coincidencia es inevitable, que toda tormenta viene después de la bonanza y ésta después de aquélla y que para pasar el tiempo, en el mar y no sólo allí, se suelen contar historias. Pero a mis interlocutores portugueses, en situación de lectores noveles del *Persiles*, me interesa hacerles notar que, a pesar de que esto es así, el lector, en vez de establecer la

⁶ Para otros relatos, ver Giulia Lanciani, *Os Relatos de Naufrágios na Literatura Portuguesa dos Sécs. XVI e XVII*, Lisboa, Instituto de Cultura Portuguesa, 1979.

⁷ Cito de la edición de Emanuel Paulo Ramos: Luís de Camões, *Os Lusíadas*, Porto, Porto editora, s./d.

⁸ Para la versión al castellano, cito siempre de la traducción de Benito Caldera (Alcalá de Henares, 1580) puesto que a ella dedicará Cervantes un elogio que más adelante transcribo. Ha sido reproducida en la edición de Nicolás Extremera y José Antonio Sabio: Luis de Camoens, *Los Lusíadas*, Madrid, Catedra, 1986: VI, 37: «[...] en el centro del mar, la alegre flota/ con viento sosomegado prosseguia/ por las tranquilas aguas su derrota»; VI, 39: «Remedios contra el sueño buscar quieren: / historias cuentan, casos mil refieren».

⁹ «¡Alerta –dixo– estad que el viento crece/ de aquella nube negra que parece!»; «Aún no son los trinquetes bien cogidos/ cuando llega la súbita porcela».

relación con su referente del llamado «mundo de la experiencia», lo hace con otro texto literario: en el caso presente, *Os Lusíadas*. Otros, más eruditos (o académicos) dirían que «al principio era»... Virgilio, si no el mismo Homero. Pero mis interlocutores, en su mayor parte, saben poco de ello.

Hemos, pues, de destacar otra coincidencia –de nuevo, en el campo de las imágenes– menos previsible. Aún en la secuencia de la borrasca, escribe el narrador del *Persiles*:

Atrevióse el mar insolente a pasearse por cima de la cubierta del navío, y aún a visitar las más altas gavias, las cuales también ellas, casi como en venganza de su agravio, buscaron las arenas de su profundidad.

Y el poeta:

Agora sobre as nuvens os subiam
As ondas de Neptuno furibundo;
Agora a ver parece que deciam
As íntimas entranhas do Profundo. (VI, 77)¹⁰

No cabe aquí seguir emparejando citas de uno y de otro texto. Resumiendo, pues, está claro que el elemento fundamental que da origen a la presencia de «res» y de «verba», de «inventio» y de «elocutio» comunes o semejantes es el motivo de la tormenta, el cual, a su vez, constituye un topos canónico del viaje marítimo, situación estructurante y organizadora de ambas narraciones.

Navegando, ahora mansamente llevados por vientos favorables, ahora resistiendo al furor de vientos enemigos; llegando a tierra o saliendo de ella; acercándose a las islas Bárbaras (Cervantes: Libro I, cap. 3.^o) o a la isla de Mozambique (Camões: I, 43); llevados hasta ciudades «populosas» donde se levantan «vistosos edificios» (Libro II, cap. 2.^o); recibidos por el rey Policarpo (*ib.*) o por el de Melinde (II, 72 y sigs.), los «trabajos», las palabras, los gestos son paralelos. Características comunes a estas llegadas y acogidas, de los encuentros con pueblos diferentes, son, en ambas obras, entre otras: las referencias a la lengua de las nuevas gentes, la descripción de los trajes, las manifestaciones de extrañeza y alegría, los manjares y la música como instrumentos y expresión de esa alegría.

3. De pinturas y otras representaciones

Otro elemento común, esta vez, creo, de naturaleza bien distinta, es la puesta en práctica del horaciano «ut pictura poesis» bajo forma de *lienzos* en el *Persiles* y de *banderas de seda* en *Os Lusíadas*.

¹⁰ «Agora allá a las nubes los subían/ las ondas de Neptuno furibundo,/ Agora les parece que venían/ a las altas entrañas del Profundo».

Al llegar a Lisboa, los peregrinos de *El Persiles* se van a casa de un famoso pintor «donde ordenó Periandro que, en un lienzo grande, le pintase todos los más casos de su historia» (Libro III, cap. 1.^o); un poco más tarde (III, 10), en la plaza de un lugar «no muy pequeño ni muy grande,» de cuyo nombre no se acuerda, una vez más, el narrador cervantino, los peregrinos protagonistas del viaje «vieron mucha gente junta», «todos atentos *mirando y escuchando* a dos mancebos, que en trajes de recién rescatados de cautivos *estaban declarando las figuras de un pintado lienzo que tenían en el suelo*» (mi subrayado); y, más adelante (III, 14), el narrador hace un excursu teórico sobre la cuestión.

No sabe mi joven lector universitario portugués (y no tengo por qué preguntarme, por ahora, si lo sabe el español o no importa qué otro...), no sabe, repito, que se trata de la puesta en texto del *ut pictura poiesis* horaciano. No lo sabe y aunque algún editor atento y amigo se lo recuerde en amable nota de pie de página (como lo hace nuestro dedicado Avalle-Arce...), aquél seguirá sin reconocerlo porque la expresión latina nada le dice y Horacio tampoco mucho. Por otro lado, muy pocos tendrán conocimiento de la historia de Troya pintada en los muros de Carthago o un contacto lo bastante estrecho con Virgilio.

Más estrecho han de tenerlo con las páginas de *Os Lusíadas* donde Camões había dicho que «[...] as guerreiras / Obras que o forte braço já fizera [...]» (VII, 74)¹¹ se presentasen pintadas en bandera de hilo «que el gusano tejera», llamándoles «muda poesía». Y casi la mitad del canto siguiente (VIII, 1-43) se dedica a la descripción de esas banderas que narran los «principales casos» de la Historia de Portugal, como hubiera podido decir Periandro.

La secuencia adquiere, además, una especial importancia, convertida en un verdadero episodio, el llamado «episodio de las banderas», con un narrador y un destinatario propios, a modo de relato autónomo «encajado» en la macro-narrativa del poema. El narrador es Paulo da Gama –el hermano del capitán– quien, ya en tierras indianas de Calecut, convertido en anfitrión del Catual, contesta a las preguntas que le hace éste, atentamente fijándose en las figuras pintadas y sobre ellas interrogando al portugués.

Tal como en el texto cervantino, la declaración de las figuras es puesta en las manos y la voz no del narrador primero sino de un personaje convertido en narrador. Por eso, fórmulas interrogativas como «Quem será estoutro cá...» o «Quem ó, me dize, estoutro que me espanta/ (Pergunta o Malabar maravilhado)» (VIII,5; VIII, 10); o deícticas como el repetido llamamiento del narrador a que su interlocutor vea y mire: «vês este»; «olha aquele», «olha estoutra bandeira, e vê pintado».

Ya sabemos cómo, en el *Persiles*, Cervantes ha de dramatizar igualmente la declaración de las figuras pintadas en el lienzo. El «libre cautivo» empieza su arenga precisamente con un: «Esta, señores, que aquí veis pintada, [...]».

¹¹ «las guerreras/ obras que el fuerte brazo ya hiciera.»

Habiendo recogido poco más que algunos de los elementos relacionados con *el viaje marítimo*, quedan aún muchos susceptibles de comparación para un trabajo más extenso y profundo. Incluso los que he señalado requieren, sin duda, análisis más detenidos que no hago aquí. Entre los demás están, por ejemplo, todos aquellos que tienen que ver, a la vez, con la *inventio* y con la *dispositio*: las traiciones, los sueños, las profecías; lo maravilloso y lo alegórico; u otros más temáticos como el amor, sobradamente representado en sus variadas formas y manifestaciones en ambas obras; la fe cristiana; las digresiones del narrador acerca del mundo o sobre teoría poética. Y, finalmente, la distribución de los episodios.

4. Del género y de otras convenciones

Lo primero en la cronología de los textos es ese comienzo *in media res* que ordena la *dispositio* de *Os Lusíadas* y de *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda*: el inevitable comienzo *in media res* de la epopeya. Y con ello llegamos al género. También lo primero, en la jerarquía que, ahora, me importa. Al final, *inventio*, *dispositio*, *elocutio*, fábula, viaje, episodios, «trabajos» y lo demás... todo es cuestión de género. La epopeya. Y después de tanto «navegar» apetece decir como ansioso grumete del *Persiles* (por cierto al llegar a Lisboa): «¡Albricias, señores!» Llegamos a tierra firme, la firmeza que tenía entonces el concepto de género (y, en especial, el épico) y que parece no haber perdido todavía hoy a pesar de los *impedimenti* con que lo acechan vientos enemigos.

No había, como se sabe, razón para temer la posibilidad de comparar ambas obras. Pero es que mi lector, ignorante de tratados y de comentarios, se había lanzado a la lectura del *Persiles* sin información previa sobre la obra. Por eso, le extrañó después, y sobre todo le apenó, que esos magníficos estudiosos del *Persiles* que son, entre otros, Schevill, Casaldueiro, Avalor-Arce, Stegmann y Forcione, que han hablado del *Persiles* como una «pieza maestra de la prosa épica» o como la «epopeya en prosa» de Cervantes; o que ha entendido «los motivos del inmenso orgullo cervantino ante el *Persiles*», orgullo provocado por el hecho de haberse integrado en el género que la retórica tradicional consideraba «como el más alto y noble de los géneros literarios», a mi lector le apenó, decía, que esos grandes estudiosos no hayan recordado la gran epopeya peninsular creada por Camões. Ni E. Riley, creo. Al destacar, en su *Cervantes Theory of the Novel* (1962), la actitud de «experimentador incansable» de Cervantes sí recuerda a Camões para decir que «aunque en el Siglo de Oro no hubo ningún poeta épico español que pueda equipararse a Camoens, Tasso o Milton, hay que reconocer a España el mérito de algunos experimentos notables.»¹² Y, sin embargo, quizás la comparación de *El Persiles* con la

¹² Cito de la versión española: *Teoría de la novela en Cervantes*, trad. Carlos Sahagún, Madrid, Taurus, 1971, p. 93.

tan *clásica* epopeya en verso de Camões, escrita tan sólo unas décadas antes y dentro de un espacio literario análogo, le hubiera podido aportar elementos que reforzasen su tesis según la cual «la intención de Cervantes de escribir una epopeya en prosa representa la verdadera vanguardia literaria de la Edad de Oro».

Dicho esto, he de dejar claro que no tengo la más mínima intención de hablar de influencia de Camões en la obra de Cervantes, ni siquiera de sugerir que ella pudiera haberse dado. Que, de hacerlo, no estaría cometiendo ningún disparate cronológico, todos lo sabemos: las dos ediciones *princeps* de *Os Lusíadas* se publicaron en 1572 y ocho años después, el año de la muerte del Poeta, surgen en España nada menos que dos traducciones notables: la primera, publicada en Alcalá de Henares, llevada a cabo por Benito Caldera, al parecer un joven portugués residente en Madrid, la misma que he reproducido en las citas; la segunda, publicada en Salamanca, realizada por Luis Gómez de Tapia, ésta con anotaciones del traductor y, entre otros, un texto preliminar del Brocense.¹³

A su vez, no hace falta recordar que *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda* salieron como obra póstuma en 1617 pero que Avalle-Arce fecha los dos primeros libros entre 1599 y 1605 (más adelante se hablará de una tesis más reciente sobre las fechas de composición del *Persiles*).

Que Miguel de Cervantes hubiera leído la traducción de Benito Caldera no lo podríamos asegurar, claro.¹⁴ Pero el testimonio que dejó se encuentra repetido por los varios autores que estudian la «fortuna» de Camões en España o, para usar conceptos más recientes, «la recepción de *Os Lusíadas* en España.» Por cierto, éste es el título ya usado por don Dámaso Alonso en un trabajo que leyó en la sesión pública que la Real Academia Española dedicó el 6 de diciembre de 1972 al conmemorar la primera edición de *Os Lusíadas* y en la que su autor recoge las primeras reacciones en lengua castellana, entre 1579 y 1650.¹⁵

Comentando los preliminares de ambas traducciones, analiza Dámaso Alonso lo que considera «la muy temprana y selecta difusión del poema de Camões» entre los escritores españoles. Son preliminares con elogios escritos por poetas amigos de Cervantes, que este, a su vez, va a elogiar en su *Canto de Calíope*, en el

¹³ Respectivamente:

LOS /LUSIADAS/DE LUYVS DE CAMOES/TRADUZIDOS EN OCTAUA RIMA CASTE/LLANA POR BENITO CALDERA,/RESIDENTE EN CORTE./DIRIGIDOS AL ILLUSTRISS. SEÑOR HERNANDO DE VEJA DE FONSECA, PRESIDENTE DEL CONSEJO DE LA HAZIENDA DE SU M./ Y DE LA SANTA Y GENERAL INQUISICIÓN./COM PRIVILEGIO./IMPRESSO EN ALCAL. DE HENARES/, POR IUA GRACIAN./ AÑO DE M.D.LXXX.

LA LVSIADA/DE EL FAMOSO POETA /LUYVS DE CAMOES/ TRADUZIDA EN VERSO CA/STELLANO DE PORTUGUES. PÔR EL MA-/ESTRO LUYVS GÓMEZ DE TAPIA,/VEZINO DE SEUILLA./DIRIGIDA AL ILLUSTRISSI-/MO SEÑOR ASCANIO COLONA, ABBAD/DE SANCTA SOPHIA./COM PRIVILEGIO./EN SALAMANCA,/EN CASA DE IOAN PERIER IMPRESSOR/DE LIBROS. AÑOS DE/M.D.LXXX.

¹⁴ Esta frase, que escribí hace diez años, debería quizá ser ahora más asertiva considerando que esta misma versión de *Os Lusíadas* se exhibió en la Biblioteca Nacional (Madrid), en la exposición titulada «Los libros que leyó Cervantes.»

¹⁵ «La recepción de *Os Lusíadas* en España (1579-1650)», *Boletín de la Real Academia de la Lengua*, tomo III, enero-abril de 1973. Refundido y ampliado en sus *Obras completas*, tomo III, Madrid, Gredos, 1974.

caso de la traducción de Caldera; «de nada menos que el Brocense», autor del prólogo, en la de Gómez de Tapia; en esta, además, «figuraba también en los preliminares un poema de un muchacho que estaba entre los dieciocho y diecinueve años: se llamaba Don Luis de Góngora». ¹⁶

En vista de tan «selecta» recepción, concluye Dámaso Alonso, «Cervantes mismo no podía dejar de alabar alguna vez *Os Lusíadas*.» Repetiré, pues, aquí, una vez más –¿cómo evitarlo?– el testimonio de Cervantes en el que celebra la traducción de Benito Caldera con versos incluidos en el *Canto de Calíope* de *La Galatea*:

Tú, que de Luso el sin igual tesoro
Trujiste en nueva forma a la ribera
del fértil río a quien el lecho de oro
tan famoso le hace adonde quiera:
con el debido aplauso y el decoro
debido a tí, Benito de Caldera,
y a tu ingenio sin par, prometo honrarte,
y de lauro y de yedra coronarte.

¿Lo habrá leído, pues? ¿Habrà leído, entre otras, las palabras del argumento del Canto V en que Benito Caldera resume así la acción: «Este canto cuenta la larga navegación, peregrinación, y trabajos, que tuvieron después que se embarcaron en Belém hasta entrar en Melinde [...]»?

Dámaso Alonso hace notar como una «fórmula feliz que perdurará la de que *Os Lusíadas* es un poema que encierra el tesoro lusitano», reproduciendo versos de Gálvez de Montalvo donde éste exalta «el inmortal tesoro de los heroicos hechos lusitanos.» Y Figueira Valverde, después de reproducir la octava que Cervantes dedicara a la traducción de Benito Caldera comenta que «con frase análoga, coincide con Cervantes el Brocense cuando dice “Tesoro como éste no era razón que en sola su lengua se leyese”». ¹⁷ Aunque quizás más correcto, si se atiende a la cronología de ambos textos, sería considerar poco probable que Cervantes no hubiera leído el texto –anterior al suyo– escrito por El ilustre Maestro de Retórica de Salamanca, Francisco Sánchez, El Brocense, dirigido al lector, en los preliminares para la otra traducción, que se publica ese mismo año de 1580 en Salamanca, la de Luis Gómez de Tapia que, por cierto, éste dedica al mismo Ascanio Colona, Abad de santa Sofía, a quien cinco años después Cervantes dedicará su *Galatea*.

Si Riley acerca al prólogo del *Quijote* las palabras que el Brocense escribe sobre el trabajo del traductor de *La Lusíada* ¹⁸, palabras que se encuentran al final del texto, no parece desvarío suponer como conocidas las demás palabras del mismo

¹⁶ Dámaso Alonso, loc. cit., p. 17: «Pero basta hojear los preliminares de estas versiones al castellano para ver cómo se difundía, entre los escritores de aquí, el nombre y la gloria del Camoens épico.»

¹⁷ José Figueira Valverde, *Camoens*, Barcelona, Editorial Labor, 1958.

¹⁸ E.C. Riley, *Op. cit.*, pp. 129-130: «En el prefacio que escribió el Brocense para la traducción hecha por Gómez de Tapia de *La Lusíada* de Camoens (Salamanca, 1580), hay un pasaje (probablemente

prólogo, del famoso Maestro de Retórica de Salamanca, tales como las que encierran su juicio sobre el Poeta portugués: «Tal me parece a mi Luys de Camoes Lusitano, cuyo subtil ingenio, doctrina entera, cognicio de lenguas, y delicada vena, muestran claramente no faltar nada para la perfección de tan alto nombre y tanto más lo muestra quanto la lengua suya natural parece contrastar para la perfección del verso. Tal tesoro como este no era razón que en sola su lengua se leyese.»

En verdad, ¿a quién puede chocar que Cervantes, quien, según sus más recientes y autorizados exégetas, desde siempre pensó escribir una obra épica, haya leído ese libro que, como nos recuerda Fidelino de Figueiredo en su vasto estudio sobre «La épica portuguesa en el siglo xvi», siglos más tarde, Robert Hall, habría de considerar en su *Dictionnary of World Literature*, «la única epopeya clásica viva del período renacentista producida en la Península Ibérica»?¹⁹

«El sin igual tesoro» llamó, pues, Cervantes al poema épico de Camões; en palabras de Dámaso Alonso «el máximo novelista de España nos ha dejado así una prueba de su admiración por el mayor poeta de Portugal». Y, sea como fuere, a aquellos traductores de 1580, y a la lengua castellana, han de agradecerles siempre los portugueses la divulgación de la obra de su Poeta. Como también reconoce Dámaso, y es verdad, «las versiones castellanas (con la difusión del castellano en el mundo) fueron un gran medio de propaganda de la fama de Camoens y de su obra, cuando ésta no se había traducido aún a ningun otro idioma».

En este cruce de historia literaria, de historia cultural y de historia política, en el que se teje el texto literario, otro factor, que hay que considerar, sugiere el posible interés de Cervantes hacia el asunto de los descubrimientos portugueses como materia épica o, por lo menos, narrativa. Por última vez recurriré a Dámaso Alonso, siempre en su «La recepción de *Os Lusíadas* en España (1579-1650)», para recordar cómo, al comentar «el hecho mismo de tal rapidez y abundancia de traducciones en castellano», nos advierte: «Es evidente que había una curiosidad por las cosas portuguesas; y nadie podría imaginar que lo político no tenía que ver con esa avidez de noticias. En 31 de enero de 1580 moría don Enrique, el cardenal-rey; los hechos se iban a precipitar y todo el proceso tenía raíces ya hondas en el tiempo».

En otro momento²⁰, recordé ya las palabras puestas por Cervantes, en el *Persiles*

una alusión burlesca a Herrera) que nos recuerda también el prólogo de Cervantes.» El pasaje, íntegramente citado por Riley, reproduce las últimas palabras del prólogo del Brocense, donde, irónicamente, éste justifica por qué las anotaciones de Gómez de Tapia son «brevísimas»: «Mas porque há venido a su noticia que hay un dicionario poético, que trata quién fué Faetón, y su padre y su madre [...] no há querido embutir aquí fábulas ni orígenes de vocablos [...], no trae sonetos suyos ni ajenos, ni quiso tratar las muchas figuras y tropos que se le ofrecían en esta obra, por ser cosa que para la navegación de las Índias importaba poco, y para los lectores es como la citola en el molino.»

¹⁹ Fidelino de Figueiredo, *A Épica Portuguesa no Século XVI*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1987 [São Paulo, 1950]. Edição fac-similada com apresentação de Antóniõ Soares Amora.

²⁰ «¡Tierra, tierra! ¡Que mejor sería decir cielo! Lisbonne par Miguel de Cervantes», en *La Littérature et la ville/ Literature and the city*, Actes du xvii Colloque International de l'Association Internationale des Critiques Littéraires, Lisboa, 1995, pp. 21-26.

precisamente, en boca del polaco que, en Lisboa, se había embarcado en las carabelas portuguesas, y que los peregrinos, en su periplo, encuentran ya en tierras españolas:

«Quinze años he estado en las Indias, en los cuales, sirviendo de soldado con valentísimos portugueses, me han sucedido cosas de que quizá pudieran hacer una gustosa y verdadera historia, especialmente de las hazañas de la en aquellas partes invencible nación portuguesa, dignas de perpetua alabanza en los presentes y venideros siglos».

Avalle-Arce, en nota a este pasaje, en su edición del *Persiles*, indica que «Esta parte de la historia de Ortel Banedre se inspira en Ciraldi Cinthio, *Hecatommithi* (1565), década VI, nov. VI», añadiendo, además, «que el cuento hizo fortuna en España» y remitiendo a otros ejemplos dados por Schevill, por él mismo y por María Rosa Lida en su *El cuento popular hispanoamericano y la literatura*.

No deja de ser curioso pensar que al lector portugués, desconocedor de toda esta información, le sonará, sin embargo, bien familiar esto del soldado, extranjero o portugués, que, atraído por la aventura o por la posibilidad de ganancias, vende todo (lo poco que aún posee), deja familia y tierra para irse a las Indias, tras los humos del dinero o la fama. Lo critica duramente Camões, por boca del viejo do Restelo y antes de él Gil Vicente en el *Auto da Índia* (y dejo entre paréntesis ese pequeño y ciertamente casual detalle de que fueron también cerca de quince años los que Camões anduvo por las Indias como soldado).

Finalmente, ¿quién puede dudar de que «esa gustosa y verdadera historia, especialmente de las hazañas de la en aquellas partes invencible nación portuguesa, dignas de perpetua alabanza en los presentes y venideros siglos» que Ortel Banedre sugiere se haga fuese precisamente lo que Camões se había propuesto hacer en su gran Poema, *Os Lusíadas*?

Por lo menos así lo presenta el maestro Gómez de Tapia, en la Dedicatoria de su traducción del poema de Camões que dirige al Abad de Santa Sofía: «Pues viniendo a mis manos una tal obra en lengua portuguesa de los claros hechos que los bellicosos Portugueses en el descubrimiento de las Indias Orientales hizieron, escrita en tal alta poesia que llega a la Eneida, vence la Tebaida, y es poco menos que la Iliada, o Odisea de Homero».

Poco probable parecería que Cervantes, ese que leía hasta los papeles rotos de la calle, que viene a Lisboa casi diez años después de la publicación de *Os Lusíadas* y al año siguiente de las dos traducciones españolas, una de la que deja alabanza en su misma obra, la otra con presentación del temido catedrático de Retórica de Salamanca, poco probable parecería, repito, que Cervantes no hubiera, en ningún momento de la larga gestación de su gran obra épica, recordado a Camões. Aunque sólo fuera para con él «competir» también.

En el reciente trabajo de Stephen Harrison sobre la composición del *Persiles*,²¹

²¹ *La composición de Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, Madrid, Editorial Pliegos, 1993.

donde, por cierto, Camões no es nombrado nunca, el autor se interroga, visiblemente apenado, sobre el hecho de que los peregrinos del libro de Cervantes no visiten Inglaterra, a pesar de las referencias halagadoras a aquel país. Se interroga y propone razones. Paralelamente, y en contrapartida, no deja de manifestar su sorpresa ante «la elección de Portugal como sitio del desembarco» de los peregrinos, considerándola una idea menos lógica que la del plan inicial («o sea, un viaje por Francia a Italia») y juzgando que «el salto desde las tierras septentrionales hasta Lisboa resulta brusco». ²²

Se entiende que un inglés sea especialmente sensible a las relaciones de Cervantes con Inglaterra, como se ha de entender que un portugués lo sea a las del entrañable escritor con Portugal y, en particular, que lo sea una lisboeta a las representaciones de Lisboa en su obra. Pero, más allá de los nacionalismos, está el transnacionalismo y la importancia, ni siquiera relativa sino absoluta, por lo menos en el contexto de la literatura europea, de una obra o de un autor en la práctica de un género: en este caso, Luis de Camões y la épica.

Por eso no deja de sorprender la total ausencia del nombre de Camões en la variada lista de nombres con los cuales Cervantes habrá «competido» en su *Persiles*. Como no deja de sorprender la sorpresa ante la elección de Portugal como lugar del desembarco y la crítica a la «lógica» viajera de Cervantes. Siguiendo a Harrison (ver texto en nota), podría haber sido la estancia de Cervantes en Portugal lo que «le hubiera inspirado una idea tardía de hacer de este país el punto de partida de recomienzo de la novela». Idea menos lógica, de acuerdo con su comentario, pero donde analistas como Casaldueiro o Molho han visto un habilísimo aprovechamiento y eficacia en el diseño literario e ideológico de la novela. ²³

²² *Op. cit.*: pp. 166-167. Para mayor comodidad de mi lector, transcribo el largo pasaje (omito las notas con las que el autor fundamenta su argumentación): «Hemos observado en el capítulo 2 que el epígrafe de *Persiles* III:2 revela un cambio de plan por parte de Cervantes. Tal vez se escribió el epígrafe antes del viaje de Cervantes a Portugal, donde su estancia le hubiera inspirado una idea tardía de hacer de este país el punto de partida del recomienzo de su novela. Sin embargo, el plan original (o sea, un viaje por Francia a Italia) era mucho más lógico. No pensamos negar la muy comentada “pericia geográfica” de Cervantes, pero no podemos dejar de comentar la elección de Portugal como sitio del desembarco. El reino de Policarpo, donde termina el libro II, es “Una de las islas que están junto a la Ibernía” (p. 149); no se necesita consultar mapas para saber que, bajando desde el norte del hemisferio se llega lógicamente a Inglaterra y que desde Inglaterra, pasando por Francia, se va directamente a Italia. El salto desde las tierras septentrionales hasta Lisboa resulta brusco. Sin duda, las relaciones con Inglaterra influyeron en el cambio, como hemos dicho; la desilusión de Cervantes con Inglaterra hizo que el libro III en vez de tener un fondo inglés, tuviese un fondo más ibérico.

Sobre la elección de este fondo, muchos han dicho ver la influencia de la publicación en 1604 del *Peregrino en su patria*, de Lope de Vega.

Schevill se limita a observar que Cervantes pudo haber encontrado algunas notas sugerentes en esta novela, pero Romero considera que la influencia fue negativa, en el sentido de que Cervantes evitó algunos aspectos del *Peregrino*, o hizo observaciones irónicas sobre su antiguo rival. Carilla afirma que Cervantes no sólo competía con Heliodoro, sino también con Lope».

²³ Respectivamente en: Joaquín Casaldueiro, *Sentido y forma de Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, Madrid, Gredos, 1975; Maurice Molho, «Préface» en Miguel de Cervantes, *Les Travaux de Persille et Sigismonde. Histoire Septentrionale*, traduit et présenté par Maurice Molho, Paris, José Corti, 1994.

Puestos a imaginar y a suponer –y eso es, creo, dada la naturaleza de la obra y su publicación póstuma, lo que se hace en gran medida en los estudios sobre el *Persiles*– no cuesta, pues, imaginar que la invocada estancia de Cervantes en Portugal le haya permitido también conocer la gran obra épica que hacía poco se había publicado en portugués y suponer que Cervantes hubiera podido querer prestar un pequeñito homenaje a Camões. Pequeñito, nada más... Por lo menos en las ya citadas palabras de su soldado polaco...

En el contexto de la enseñanza de la literatura española en Portugal, para algunos, sería aquí el momento de preguntarse, de seguir preguntándose, por qué la literatura española no produjo una épica de sus descubrimientos al igual que lo hizo la portuguesa.

Bastante razonables me parecen las aserciones de Fidelino de Figueiredo. Para pronunciarse sobre ello, invocó a la voz española (y noventayochista) de Ángel Ganivet.²⁴ Pero profundiza en la cuestión de lo que enuncia como «uma compreensão melhor da carencia de epopeia nacional das navegações na literatura espanhola, apesar da primacial significação da conquista e colonização da America na história de Espanha», considerando: por un lado, que «em Espanha o ambiente favónio para a criação de um mito heróico de significação nacional é anterior à Renascença e estranho às empresas geográficas, é da época da Reconquista»; por otro, que «apesar da sua abundancia bibliográfica, a poesia épica portuguesa de carácter nacional não é um ciclo, reduz-se ao poema *Os Lusíadas*».

Personalmente, no me interrogo sobre aquella disparidad –o asincronía–, por el contrario, preservando visceral e ideológicamente el hecho de que me place que sea como es y disfrutando de la diversidad, complementaria y en algunos casos alternativa o contrapuntística, con que se diseñan las relaciones entre los múltiples componentes del sistema literario peninsular.

No tengo, pues, y también por lo que acabo de decir, la más mínima intención de sugerir que Cervantes haya bebido directamente de aquel «tesoro» camoneano algunos de los elementos comunes al *Persiles* y *Os Lusíadas*. Y no la tengo, entre otras razones, porque, en última instancia, lo que me interesaría, sobre todo, sería analizar esas convergencias, afinidades o paralelismos desde una perspectiva comparatista que las situara en un marco que tuviera en cuenta, a la vez, la historia de las ideas, en general, la de las ideas literarias, en particular, y las relaciones entre teoría y práctica literaria en determinada época y en particular en el contexto ibérico. Por eso, al releer recientemente ese ya clásico «De influencias y convenciones» me pareció que mi actitud tenía algo que ver con lo que Claudio Guillén aquí tan clara y pedagógicamente describía:

²⁴ «Nosotros descubrimos y conquistamos por casualidad, con carabelas inventadas por los portugueses, llevando por hélice la fé y por caldera de vapor el viento que soplabá», en *Hombres del Norte y el porvenir de España*, cit. por Fidelino de Figueiredo, *Op. cit.*, p. 363.

Podemos comparar Kafka a Dickens sin interés real por la influencia *qua* influencia o por el nexo genético que acaso uniera a los dos, pero con la tranquilidad derivada de saber que Kafka admiró enormemente a Dickens. A menudo sucede que un libro nos recuerde a otro —nada más natural, cuando se lee mucho, con pasión o con desorden— y así el hábito nos lleva a pensar que ese encuentro no es un dato fortuito de *nuestra* propia vida, sino el reflejo de previas influencias (antes que de convenciones o de tradiciones multiseculares). (101)

Siguiendo la propuesta que, dos páginas después, hace Claudio Guillén, el camino sería, sin duda, el de examinar «los paralelismos» o «relaciones intrínsecas de parecido» no «como datos autónomos, sino como partes del equivalente literario de “campo” o sistema científico», esto es, literario, analizándolos en un marco más amplio —«una zona amplia de observación, en la que A, B y C [los textos que se parecen entre sí] se hacen significativos conjuntamente»—.²⁵

Eso es lo que han hecho los especialistas de la épica peninsular o algunos estudiosos del *Persiles*. Mi propuesta es que alguien, algún día, incluya, en esa «amplia zona de observación», lado a lado, *El Persiles y Os Lusíadas*. Quizá llegaríamos simplemente a esa conclusión, tan fascinantemente sistematizadora, pero también reductora, de que todo lo que une ambas obras se relaciona, al final, con un conjunto de aspectos comunes al tiempo de sus autores: ideología; preocupaciones y concepciones estéticas; gustos y formas de comportamiento; imaginario (qué duda cabe de que, por ejemplo, en este campo, una lectura que busque los sentidos simbólicos como quiere ser la de Casalduero o una «allegorical reading» como la que propone Forcione,²⁶ hecha comparativamente de *Os Lusíadas* y al *Persiles* daría también frutos interesantes). Y, finalmente, las tan traídas y llevadas fuentes de la antigüedad clásica.

Quizás todo ello, y quizás algo más, nos llevaría, entonces, a mejor entender de qué manera y por qué *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* se puede convertir en un texto particularmente familiar para un lector portugués. Y éste era, lo recuerdo ahora, mi objetivo inicial.

²⁵ Loc. cit., pp.: 102-103.

²⁶ Alban K. Forcione, *Cervantes' Christian Romance. A study of Persiles y Sigismunda*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1972.